

## LIBROS, LECTURAS Y LECTORES EN LA BARCELONA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII

*Antonio Espino López*

Universitat Autònoma de Barcelona

*A J.B.R. (1962-2002), In memoriam*

*Resumen:* En el presente trabajo, nuestra intención principal ha sido una aproximación inicial al mundo de las bibliotecas privadas barcelonesas del período 1601-1652. Se trataba, básicamente, de comenzar a responder a preguntas tales como cuántos inventarios *post mortem* aparecían con libros, cómo se repartían estos inventarios con impresos entre los diversos grupos socio-profesionales, cómo eran o qué perfil tenían las bibliotecas de dichos grupos socio-profesionales (cantidad de libros, contenidos...) y, por último, no sólo preguntarse por los aspectos cuantitativos, sino también por los cualitativos como, por ejemplo, las obras de literatura más consumidas y en qué lenguas lo fueron, las obras de historia, las obras de formación política y las artes de la guerra.

*Palabras clave:* Barcelona; Siglo XVII; Bibliotecas; Libros; Lectores.

*Summary:* In this work, our main aim has been approaching to Barcelona's private libraries worked during 1601-1652. Summarizing, it deals with answering questions as how many post mortem inventories containing books did appear, what was the distribution of inventories with edited papers between the different labourers (number of books, subjects...) and, last, not only a question about statistical aspects, but about aspects of quality as it is, for instance what kind of literarian works were more read and what was the language in which they were written, history books, books of political thought and some treaties about war.

*Key words:* Barcelona, XVIIth century, libraries, books, readers.

¿CUÁNTOS y quiénes poseían libros en la Barcelona de la primera mitad del siglo XVII? ¿Qué cantidad de libros poseyeron? Preguntas como éstas, que han fascinado a numerosos –y notables– especialistas, estaban esperando respuesta para el caso de las primeras décadas del Seiscientos. Para este estudio se han empleado 3.218 inventarios *post mortem* (IPM) de 1601-1652, todos ellos pertenecientes a los fondos del Arxiu Històric de Protocols de Barcelona.<sup>1</sup> En 578 de dichos inventarios aparece la presencia de li-

<sup>1</sup> Los notarios y los protocolos en los que se encuentran estos inventarios son: A. Servat, *Manuale d'inventaris, 1630-1636, 1637-1640, 1641-1647*; D. Vilaseca, *Llibre d'inventaris,*

bros (17,96%). Este dato parece dar la razón a M. Peña<sup>2</sup> cuando en su estudio sobre la posesión de libros en la Barcelona de 1473 a 1600 halló las siguientes cifras: de 1473-1500 un 35,55% de inventarios con impresos; de 1501 a 1550 un 28,62% y de 1551 a 1600 un 24,41%. Nuestras cifras, pues, ayudan a dejar clara la tendencia a la baja en la posesión de libros o, cuando menos, a su aparición en tales documentos. Sin duda, la acción inquisitorial tuvo algo que ver, pero más bien en el ámbito de los contenidos y no tanto en el de las cantidades. Por otro lado, en los años que nos ocupan directamente, sin duda la difícil coyuntura político-militar de los años 1635-1652 tuvo que dejar sentir su influencia.

TABLA I

## POSESIÓN DE LIBROS POR GRUPOS SOCIO-PROFESIONALES, 1601-1652

| Grupo socioprofesional | Nº de IPM | % Total IPM | Nº IPM con libros | % de IPM con libros | IPM sin libros (%) |
|------------------------|-----------|-------------|-------------------|---------------------|--------------------|
| Clero                  | 187       | 5,81        | 145               | 25,08               | 42 (22,4%)         |
| Nobleza                | 278       | 8,63        | 83                | 14,35               | 195 (70,14%)       |
| Juristas               | 144       | 4,47        | 68                | 11,76               | 76 (52,77%)        |
| Prof. liberales        | 496       | 15,41       | 93                | 16,08               | 403 (81,25%)       |
| Clases populares       | 1.929     | 59,94       | 131               | 22,66               | 1.798 (93,2%)      |
| Mujeres                | 184       | 5,71        | 58                | 10,03               | 126 (68,4%)        |

M. Peña había establecido las siguientes cifras para el siglo XVI: un 13,66% de inventarios de mujeres con libros del periodo 1473-1600, que, para la siguiente centuria, como vemos, se reduce; en cuanto a los hombres, el clero, los juristas, la nobleza y los profesionales liberales y, por último, las clases populares ocuparían, por este orden, los puestos de poseedores de libros. Vemos una situación muy parecida al comparar estos datos con los nuestros, en tanto en cuanto el clero se distancia claramente en ambos casos como el grupo con mayor presencia de impresos (según Peña, el 74,18% de los clérigos cuyo inventario analizó tenían libros, nosotros hallamos el 77,6%); en relación a la nobleza, cabe tener en cuenta la gran

1635-1657; D. Riera, *Llibre d'inventaris, 1605-1619, 1620-1627*; Antic Servat (major), *Llibres d'inventaris, 1605-1613, 1614-1616, 1620-1629*; J. Sabata, *Llibre d'inventaris, 1607-1616, 1624-1637*; F. Pastor, *Llibre d'inventaris, 1626-1640*; J. Rafeques, *Plec d'inventaris, 1632-1649*; G. Xemallau, *Llibre d'inventaris, 1611-1613, 1614-1625*; A. Roure, *Llibre d'inventaris, 1592-1621, 1603-1615*; J. Torres, *Llibre d'inventaris, 1640-1644*; J. Salines, *Llibre d'inventaris, 1628-1639*; P.P. Vives, *Llibre d'inventaris, 1639-1644*; J. Soler Ferran, *Llibre d'inventaris, 1607-1614*; F. Tries, *Llibre d'inventaris, 1631-1634*.

<sup>2</sup> M. Peña, *El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, 1997.

cantidad de sus miembros (incluimos caballeros, donceles, *ciutadans honrats* de Barcelona) que también eran juristas (según M. Peña, entre el 25% y el 45% de los nobles tenían libros en el Quinientos, nuestros datos indican que el 29,86% poseía, efectivamente, impresos), mientras que la mayor parte de los profesionales liberales está formada por mercaderes y/o negociantes con bibliotecas de tamaño pequeño (sólo un 18,75% de ellos tenían libros, según nuestros datos). Por último, si bien los datos de M. Peña señalan que entre un 4% y un 14% de los integrantes de las clases populares (artesanos y campesinos) tuvieron libros, porcentaje que nosotros situamos exactamente en el 6,8%, dentro del conjunto de IPM con libros alcanzan un porcentaje más importante (22,66%) del total, si bien nos hallamos ante bibliotecas pequeñas y, lo peor, ante una documentación entre la que abunda una descripción muy poco precisa de la composición de dichas bibliotecas.

## BIBLIOTECAS PARTICULARES Y GRUPOS SOCIO-PROFESIONALES

Seguidamente, vamos a realizar un análisis de los tamaños de las bibliotecas y los principales rasgos de sus contenidos diferenciando cada grupo socio-profesional. Hemos dedicado una atención primordial a las lecturas de las mujeres y de las clases populares (artesanos y campesinos) por creer, como así defendemos en unas conclusiones parciales, que tenían mucho en común.

*Juristas*<sup>3</sup>

Los juristas poseían, en relación con otros colectivos, las bibliotecas más numerosas—bibliotecas grandes, de más de cien títulos— en la Barcelona de la primera mitad del siglo XVII. Una situación que ya se daba en la centuria precedente. Como vemos en la tabla siguiente, lo más habitual será encontrarse con enormes depósitos de textos propios de la profesión que, de alguna forma, servían para demostrar el dominio sobre la materia jurídica. Una buena prueba de ello es la formación de la biblioteca de Epifanio Coll. Este jurista adquirió los libros de su colega Vicent Hortolà, fallecido en 1634, por 270 libras. Se trataba de una biblioteca compuesta por 342 títulos que, hasta la muerte del propio Coll en 1649, se engrosó con 396 nuevos títulos hasta alcanzar los definitivos 738. Cristóbal Cornell compró en 1644 la biblioteca de R. Soler —la fuente no indica la cantidad de títulos—,

<sup>3</sup> Véase A. Espino López, "Las bibliotecas de los juristas catalanes en la primera mitad del siglo XVII. El caso de D. Narcís Garbí", artículo presentado al *Anuario de Historia del Derecho Español* (2002), en prensa.

TABLA 2

## TAMAÑO DE ALGUNAS BIBLIOTECAS DE JURISTAS, BARCELONA 1601-1652

| Nombre/Año           | Nº de títulos | Nº de volúmenes | % obras de derecho |
|----------------------|---------------|-----------------|--------------------|
| Narcís Garbí (1616)  | 443           | 571             | 57,5               |
| J. Tamborí (1627)    | 474           | 628             | 60,7               |
| J. Estevanell (1633) | 149           | 229             | 69,1               |
| F. Ferris (1637)     | 181           | 259             | 88,9               |
| M. Ximenis (1626)    | 227           | 272             | 55,5               |
| M. Pomés (1610)      | 310           | 310             | 94,9               |
| F. Molera (1649)     | 224           | 317             | 85,7               |
| F. Ubach (1602)      | 341           | 465             | 91,2               |
| A. Magre (1649)      | 254           | 290             | 97,4               |
| F. Roig (1622)       | 95            | 199             | 82,1               |
| P. Castellás (1602)  | 16            | 18              | 100                |
| P. Segura (1639)     | 45            | 99              | 11,1               |
| J. Soler (1631)      | 90            | 147             | 91,8               |
| J. Puigmijà (1614)   | 238           | 252             | 98,2               |
| N. P. Regás (1608)   | 107           | 203             | 94,3               |
| V. Hortolà (1634)    | 342           |                 |                    |
| J. Balagué (1638)    | 135           | 215             | 87,4               |
| J. Garbí (1639)      | 199           | 394             | 92,4               |
| J. de Malla (1643)   | 198           | 283             | 90,9               |
| J. Torner (1608)     | 215           | 342             | 92,5               |
| P. Aymerich (1612)   | 564           | 990             | 98                 |
| C. Cornell (1647)    | 566           | 612             | 94,6               |
| F. Millet (1640)     | 487           | 731             | 95,6               |
| J. Ximenis (1633)    | 174           | 255             | 81                 |
| J. Grau (1640)       |               | 703             |                    |
| J. Massaguer (1611)  |               | 20              |                    |
| J. Fàbregues (1651)  |               | 428             |                    |
| J. Lamarca (1642)    | 88            | 137             | 65,9               |
| E. Coll (1649)       | 738           |                 |                    |
| F. B. Martí (1622)   | 585           | 1068            | 85,6               |
| J. Cáncer (1650)     | 618           |                 | 96,2               |

de forma que la suya propia, a su muerte tres años más tarde alcanzó los 566 títulos. Pero no acaban ahí sus transacciones, puesto que aparece una nota en el inventario que nos señala que el librero J. Durán le debía cuarenta libras por diversos libros que le había comprado. Asimismo, el librero Francesc Lleonart adquirió la biblioteca de Jeroni Torner, muerto en 1608, por 220 libras. Se trataba de una librería típicamente jurídica compuesta por 215 títulos y 342 volúmenes, la amplía mayoría de ellos impresos el úl-

timo cuarto del siglo XVI –afortunadamente, la fuente nos proporciona dicha información– incluyendo algún libro comprado por el difunto el mismo año de su deceso. Ello nos recuerda que, a menudo, los libreros se surtían de obras jurídicas, caras y difíciles de imprimir, no de las propias imprentas, sino de estas arcas de depósito jurídicas que eran las bibliotecas privadas.

Sólo en algunos casos, como el del doctor Narcís Garbí –o los de M. Ximenis y P. Segura–, se observa un interés real de los juristas por disponer de obras de otras disciplinas. Una tradición que ni siquiera su hijo, Ivo Joan Garbí, continuaría.

Entre los notarios –veinte inventarios hallados– sólo en dos casos nos encontramos con bibliotecas de tamaño mediano –de más de quince títulos–: Francesc Torres (1643) dispuso de noventa títulos “tots molt bons”; Miquel Camarasa (1625) de una biblioteca compuesta de 75 títulos y 91 volúmenes, la mayor parte de ellos de historia, religión y literatura. Salvo algunos casos en los que la fuente, lacónica, sólo señala la presencia de una “sort de llibres”, o de “prestatgeries plenes de llibres”, nos hallamos ante bibliotecas de menos de diez volúmenes. El caso más curioso es el de Francesc Tries (1646), quien tenía a su cuidado “disset plecs de llibres estampats intitulsats *Cathalunya en Francia*” y “una bala dels mateixos libros encordada y gornida ab cuyros de guadamacils”. Se trataba de la obra del jurista y polemista pro-francés F. Martí Viladamor, *Cataluña en Francia. Castilla sin Cataluña y Francia contra Castilla. Panegírico glorioso al cristianísimo monarca Luis XIII, el Justo* (Barcelona, Ll. Deu, 1643), que estaba preparada para la edición en 1641, pero todo apunta a que los rivales políticos del autor consiguieron retardarla durante dos años. ¿Tuvo algo que ver este asunto con la función a todas luces de almacenamiento del notario Tries? ¿O es que éste se dedicaba a la venta de la obra?

#### Clero<sup>4</sup>

Las 145 bibliotecas pertenecientes al clero se dividen por su tamaño de la siguiente forma: setenta y dos eran de menos de quince ejemplares (49,65%); cuarenta y dos eran inferiores a los cien ejemplares (28,96%); diez eran grandes bibliotecas, de más de cien impresos (6,89%) y, por último, en veintinueve casos la fuente sólo indica que el finado tenía libros. A diferencia del siglo XVI, cuando según M. Peña el clero disponía, de promedio, de bibliotecas de tipo mediano (entre quince y cien ejemplares), como

<sup>4</sup> Véase el trabajo de P. Fatjó, “La formación cultural del clero en la Cataluña del XVII: la clerecía catedralicia de Barcelona”, en C. Martínez Shaw (ed.), *Historia moderna, historia en construcción*, vol. II, Lleida, 1999, pp. 103-127.

vemos en el Seiscientos primaron las bibliotecas más reducidas. Todos los datos parecen indicar una contracción en la circulación del libro, al menos en el ámbito particular.

TABLA 3

## TAMAÑO DE ALGUNAS BIBLIOTECAS DEL CLERO, BARCELONA 1601-1652

| Nombre/Año            | Nº de títulos | Nº de volúmenes | % obras no religiosas |
|-----------------------|---------------|-----------------|-----------------------|
| B. Bofill (1614)      | 145           | 151             | 16,55                 |
| A. Casanoves (1638)   | 130           | 136             | 3,07                  |
| J. de Montcada (1610) | 167           | 227             | 29,94                 |
| J. Llagostera (1634)  | 220           | 289             | 28,63                 |
| J. Ramis (1639)       | 109           | 121             | 11                    |
| F. Roig (1643)        | 168           | 208             | 10,11                 |
| P. Palau (1624)       |               | 187             |                       |
| J. Talavi (1633)      |               | 296             |                       |
| D. Bolló (1649)       | 137           | 359             | 7,29                  |
| F. Puig (1646)        | 86            | 141             | 6,97                  |
| T. Oller (1614)       | 71            | 92              | 14,08                 |
| M. Llopis (1644)      | 52            | 52              | 13,46                 |
| J. Palau (1604)       | 67            | 95              | 5,97                  |
| M. Tacada (1603)      | 37            | 55              | 21,62                 |
| J. Descatllar (1645)  | 57            | 64              | 10,52                 |

Si comparamos esta tabla con la anterior de los juristas, observamos que las bibliotecas del clero son tan temáticamente monolíticas como aquellas, realidad aún más marcada por el hecho de que, al ser muchos miembros del clero doctores en ambos derechos, más que de bibliotecas clericales, cabría hablar de depósitos libresco-religioso-jurídicos.

Las mayores bibliotecas encontraron rápidamente quien las adquiriera. La del rector de Santa María del Pí de Barcelona, Damià Bolló (1649), compuesta por 137 títulos y 359 volúmenes fue comprada por el rector de Balenyà, Segimón Mavall por 180 libras. El librero J. Fillol pagó 140 libras por la del arcediano de Tortosa Francesc Puig, muerto en 1646 en la Ciudad Condal (86 títulos). La del presbítero F. Roig (1643), formada por 168 títulos y 208 volúmenes, fue adquirida por el también presbítero R. Viladoms por 45 libras. Los 187 volúmenes de Pere Palau (1624) se describieron como "vells", por ello el librero A. Sanglés los obtuvo por sólo diez libras. Algo parecido ocurrió con los 109 títulos y 121 volúmenes que componían la biblioteca del presbítero J. Ramis (1639), adquiridos por trece libras por el librero Prats. Los diez libros del presbítero G. Rabasa (1612) fueron vendidos "a un llibreter revenedor de la plassa nova per vuit sous". ¿A qué se

deben estos bajos precios? ¿Eran bibliotecas heredadas formadas por libros viejos? ¿Eran bibliotecas compuestas por muchas obras compradas en almoneda y, por lo tanto, de escaso valor material? El caso más interesante es, sin duda, el de fray Bautista de Sant Jeroni, carmelita, quien atesoraba en su celda ochenta y seis tomos sin encuadernar de obras de derecho cedidas por el librero Saper a cuenta del dinero que le debía.

La amplia mayoría de miembros del clero, en el caso de las bibliotecas mínimas, disponían de los mismos libros-herramientas: misales, diurnales, breviarios, el *Ordinarium*, el *Pontifical*, el *Baculus clericalis* de B. Cucala, el *Directorium curatorum* (Alcalá, 1590) de P. M. Coma..., todas ellas muy buscadas y que tenían buena salida en las almonedas. En realidad, es dentro de este grupo donde hemos encontrado más referencias a la venta de libros inventariados: contando los casos ya reflejados, en treinta y dos ocasiones (22,06%) sabemos qué títulos se compraban y quiénes lo hacían. Lo más vendido eran los breviarios (catorce ventas), los diurnales (cinco) y los *Flos Sanctorum* (seis). Entre los compradores, otros clérigos (diez casos) y los libreros (doce casos) son los más destacados. Por último, en los fondos de las librerías podemos percibir cómo se buscaba satisfacer esta demanda: el librero R. Vives (1644) tenía ochenta breviarios en tamaño 8º y otros veintiocho en 16º, todos sin encuadernar, así como ochenta y dos juegos del *Flos Sanctorum* del P. Pedro de Rivadeneyra (2 tomos, Madrid, 1599-1601). Eulalia Simón (1643), viuda del librero J. Simón, dispuso en su librería, dominada por los libros jurídicos, de un "paquet" de breviarios en 16º. Por su parte, B. Cussana (1605) contaba en su librería con veinte juegos del *Flos Sanctorum* del padre Rivadeneyra.

## Nobleza

De las ochenta y tres referencias a bibliotecas de la nobleza, por su tamaño quedarían repartidas de la siguiente forma: las pequeñas (menos de quince títulos) tendrían treinta y cinco casos (42,16%); las medianas veinticuatro (28,91%); las mayores dieciocho (21,6%) y quedarían otras seis (7,22%) sin especificar la cantidad de libros. Con relación al siglo XVI, parece que las bibliotecas de la nobleza se contrajeron. Las mayores son las del *ciudadà honrat* y jurista Jaume Pineda (1612) que tenía 522 volúmenes; Francesc Ubach (1602), doncel y jurista, tenía 341 títulos y 465 volúmenes; Antoni Vinyola (1634), *ciudadà honrat* y jurista, dispuso de 234 títulos y 514 volúmenes; el caballero de Montesa Joaquim Setantí (1617) de 338 títulos y 370 volúmenes; Joan Miquel Çabastida (1610), *ciudadà honrat*, contó con 273 títulos y 325 volúmenes; el doncel Pau Fluvià (1619) tuvo 494 volúmenes; el también doncel S. Despujol (1613) 184 títulos y 254 volúmenes y Pere Mas (1636), *ciudadà honrat*, 189 títulos y 287 volúmenes. Salvo

en los casos de J. Setantí o de J. M. Çabastida, estas bibliotecas son grandes porque pertenecen a juristas ennoblecidos, o a miembros de la baja nobleza atraídos por las leyes. Significativamente, el librero F. Lleonart adquirió por noventa libras la biblioteca del *ciudadà honrat* y jurista J. Benach (1608), compuesta por 145 títulos y 271 volúmenes, no porque fuera la biblioteca de un ennoblecido, sino porque los libros-herramienta de un jurisculto tenían siempre una buena salida comercial. El librero Joan Fillol compró por veinticinco libras los impresos del *ciudadà honrat* Pau Bartrolà (1641), una biblioteca de tipo religioso compuesta por siete títulos y treinta y nueve volúmenes todos en folio. Es decir, una compra atractiva y a buen precio. De hecho, en las bibliotecas de la nobleza el peso del derecho y de la religión era más que notable. En numerosos casos, sobre todo en los inventarios con muy pocos libros, lo que prima es el libro religioso —misales, horas, algunos de ellos de lujo— y ejemplares sueltos de las *Constitucions* de Cataluña. Siempre hay excepciones, como los más de cuatrocientos volúmenes del doncel Jeroni Mercer de Jorba (1613) que eran de humanidades, según la fuente. En las bibliotecas medianas, pertenecientes a los *ciudadans honrats* y a los nobles que no son juristas, es donde podemos encontrar reflejados los gustos más personales: don Carlos Olivio (1614), de Tàrrega, muerto en Barcelona, tenía una biblioteca de clásicos latinos de la literatura y la filosofía, básicamente. El doncel Miquel de Madovelles (1641) tenía obras sobre arte de la guerra, obras para la formación del caballero e historia. El noble Gerard Alemany (1646) gustaba de la literatura, la historia y la religión. Joan de Erill (1638), barón de Anglesola y señor de Castellblanc, leía básicamente obras religiosas, lo mismo que el doncel Francesc J. de Vergós (1645). Francesc de l'Orde (1607) dispuso de una equilibrada biblioteca con obras de historia, religión y literatura. Lo mismo, pero con más obras de derecho, en el caso de la biblioteca de G. Càrcer (1612), *ciudadà honrat*. Por último, el caballero F. Cercós (1613) dejó diecisiete obras religiosas —el total de su biblioteca— a su hijo, que decidió conservar nueve de las mismas.

### Profesiones liberales

Dentro de este grupo socio-profesional se han incluido negociantes y comerciantes, médicos y farmacéuticos, estudiantes, libreros e impresores, así como funcionarios (escribanos, alguaciles)... Dejando aparte los datos de los diez inventarios de libreros e impresores, en treinta y nueve casos las bibliotecas son inferiores a quince libros (46,98%); en quince la biblioteca es de tamaño medio (18,07%); en sólo cuatro casos la biblioteca es de más de cien títulos (4,81%); el principal problema de este sector es el número tan elevado de bibliotecas que la fuente no nos permite conocer ni en cuan-

to a sus títulos ni en cuanto a sus cantidades: son veintidós casos (26,50%). Al igual que en el siglo precedente, el peso de las bibliotecas pequeñas se dejaba sentir en este grupo. Las bibliotecas mayores son las del médico J.F. Rossell (1643), quien dispuso de 371 títulos y 399 volúmenes; la del escriba Josep Callavet (1628), quien tenía una interesante biblioteca de literatura e historia compuesta por 102 títulos y 109 volúmenes; y las de los catedráticos de gramática Antoni Jolis (1601), quien gozó de 274 títulos y 286 volúmenes, y Francesc Riera (1641), con 261 títulos y 284 volúmenes. Los libros de Jolis fueron adquiridos por el librero R. Vives por diecinueve libras. En el caso de la herencia libresca de F. Riera la información que tenemos es muy completa: seis juristas y un librero compraron los libros por un valor de 92 libras, destacando J. Riera, quien compró libros por valor de 66 libras; el librero Andreu Roure cobró una libra y cuatro sueldos por realizar la estima del precio en almoneda de esta biblioteca.

En las bibliotecas pequeñas dominan las obras religiosas, sobre todo el *Flos Sanctorum*, igualmente presente en las bibliotecas medianas, así como las vidas de santos, pero detectamos entre los mercaderes, y por razones obvias, un mayor interés por la posesión de algunos diccionarios, artes de navegar, obras de geografía —si bien en sus inventarios descubrimos la existencia más numerosa de mapas y mapamundis— y de historia, y entre los escribas la buena literatura, filosofía, la historia, y, sobre todo, las gramáticas y obras destinadas a mejorar técnicamente en su profesión. Veamos algunos casos. El mercader Ponç Barrera (1638) dispuso de una biblioteca con 46 títulos: el 65,21% eran de religión, el 13,04% de historia, el resto literatura, política, gramáticas... Once de estos libros encontraron comprador en almoneda. El escribano Josep Olzina, fallecido en 1620, disfrutó de una biblioteca con 31 títulos, de los cuales el 29,03% eran de religión, 19,35% eran de propios del oficio, otro 19,35% de formación política, y el resto de historia y literatura. Toda la biblioteca se vendió en encante por catorce libras y tres sueldos. El farmacéutico J. Queralt (1644) contó con 48 títulos en su biblioteca, de los que el 64,58% eran de religión, el resto de historia y literatura.

Entre los constructores (*mestre de cases*), el libro profesional tuvo una cierta importancia. Hemos encontrado en su poder libros de arquitectura. Por ejemplo, Pere Rossell (1607) poseía un libro del arquitecto italiano Giacomo Barozzi da Vignola, *Regola delli cinque ordini d'architettura* (Roma. 1583) —vendido en encante al carpintero Solanes por una libra y ocho sueldos—, otro de Sebastiano Serlio, *Libro de Architettura...* (Toledo, 1552. 1563 y 1572) y dos libros de trazos. Otro *mestre de cases*, Joan Peixau (1612), dispuso de dos ejemplares de Marco Vitrubio Polión, *De architettura, dividido en diez libros, traducidos de latín a castellano por Miguel de Urrea* (Alcalá de Henares, 1582) y de Diego de Sagredo su adaptación de la obra de Vitrubio con el título *Medidas del romano* (1526); también

disfrutó de dos ejemplares de la obra de Andrea Palladio, *Quattro libri d'architettura* (1570), de otro de Vignola y, finalmente, de León B. Alberti, *De re aedificatoria*, pero en traducción castellana (Madrid, 1578 y 1582). Jeroni Mercader (1643) dispuso de ocho libros de trazados y dos pequeños de geometría.

### Mujeres<sup>5</sup>

Como decíamos, se han encontrado cincuenta y ocho inventarios de mujeres con libros (10,03% del total): dieciocho pertenecían a la nobleza y clero (31,03%), siete son hijas o esposas de juristas (12,06%), trece de profesionales liberales (22,41%) y, por último, diecisiete (29,31%) son mujeres pertenecientes al artesanado y al campesinado. Tenemos tres casos (5,17%) en los que el mal estado de conservación de la fuente impide conocer la adscripción socio-profesional. Si uniéramos a todas las mujeres pertenecientes al mundo jurídico, mercantil, funcionarial y liberal alcanzaríamos un 34,47% del total, desbancando del primer lugar a las nobles y a las pertenecientes al clero; ello implicaría, al comparar estos datos con los ofrecidos por M. Peña para el siglo XVI, que se había producido un cambio de tendencia en la posesión del libro por mujeres, aunque más significativo sea que los inventarios con libros de las mujeres del artesanado y el campesinado pasaran de un 6% en el siglo XVI, según M. Peña, a nuestro 29,31%. ¿Ello significa que con el transcurso del tiempo la posesión del libro se democratiza?

Siempre es un problema el laconismo de la fuente. Hay muchas ocasiones en las que la descripción que se nos hace de la biblioteca impide saber no sólo los títulos, sino también la cantidad de libros. En el caso de Sabina de Claramunt, viuda del doncel Baltasar de Claramunt, el inventario nos dice que dispuso de una "sort" de libros impresos que fueron vendidos en encanto por una libra y cuatro sueldos. La noble Luisa de Ardena (1646), viuda de don Joan de Ardena i Darnius, tenía "molts libros de estampa y de mà, molt vells..." depositados en una caja vieja, lo que parecería indicar que estos impresos ya no eran utilizados, porque esta señora sí tenía otros siete libros a la vista en su habitación. Àngela de Josa (1614), viuda del gobernador de la isla de Mallorca, Jerónimo de Josa, había guardado los libros —¿de su marido?— en un baúl, de manera que quizás podríamos decir que no le interesaban como lectura. La señora Mariàngela de Sant Joan (1649), viuda del *ciutadà honrat* Maties de Sant Joan, disponía de "textos i altres libros que son de los minyons".

En los inventarios femeninos de otros grupos socio-profesionales ocurre lo mismo. Antica Alcaide (1631), viuda de un sastre, tenía en su habitación una caja con siete u ocho libros —la fuente no precisa ni el número exacto. Magdalena Prats (1650), viuda de un zapatero, tenía en su habitación una "arquimesa amb set libros". Habría más ejemplos.

También nos encontramos con unos casos significativos: las bibliotecas de viudas de profesionales. A menos que el finado ya hubiese decidido ceder su biblioteca a un pariente, o bien que ésta se vendiese inmediatamente después del deceso, en otras ocasiones hubo que esperar a la muerte de la viuda para realizar alguna transacción con los impresos. Son casos como el de Isabel Llevaneres, viuda del jurista Miquel Llevaneres, muerta en 1612. La biblioteca del marido —¿cuántos libros eran de ella?—, compuesta por 57 títulos y 171 volúmenes, fue vendida al librero F. Leonart por noventa libras. Anna Jordi (1634), viuda del también jurista Pere Jordi, conservó en vida una biblioteca de 299 volúmenes vendida al librero L. Soler por sesenta libras una vez fallecida. Por último, Caterina Bodet (1640), viuda del cirujano J. Bodet, guardó los veinte libros de medicina de su marido, que fueron vendidos a su muerte al también cirujano J. Serra por cinco libras y siete sueldos.

En cincuenta y cinco casos la fuente nos señala la cantidad de libros que había y en treinta y dos concreta los títulos. En quince casos la propietaria sólo tiene un libro (27,2%) que, prácticamente siempre, es un impreso de temática religiosa: la noble Catalina Malsocós i d'Erill (1638) tenía un *Flos Sanctorum* que podría ser el editado por Jaume Cendrath entre 1586 y 1588, con reediciones posteriores; por su parte Elena de Llupià i Tamarit (1649) dispuso de "unes Ores amb tancador de plata"; como sabemos, los libros de Horas eran un conjunto de oficios y plegarias destinado a la piedad laica, pero que acabaron siendo prohibidos por la Inquisición al incluir oraciones populares y supersticiones. Tras las ediciones primerizas de fines del siglo XV, comenzaron a editarse las *Horas... según el uso romano* (Barcelona, J. Cortey, 1562) en latín, castellano y colofón en catalán. La doncella Maria Camós i de Centelles (1610) y Ana Palou (1610), viuda de un cardador de lana, gozaron de un psalterio. Ana Rovira, viuda de un jurista, en el momento de su muerte, en 1640, disponía de un libro o bien de Santa Teresa de Jesús que podría ser la edición de su *Camino de perfección* impresa en Barcelona por J. Cendrath (1589), o bien, si es sobre la santa, podría referirse a la obra del padre Francisco de Ribera, *La Vida de la madre Teresa de Jesus* (Salamanca, 1590; Madrid, 1602). Marianna Pérez (1611), viuda de un comerciante, tenía del obispo de Urgel, Andreu Capilla, un *Libro de la Oración en que se ponen Consideraciones sobre los evangelios* (Zaragoza, 1573; Lérida, 1575; Madrid, 1592). Constanza Sinisterra, doncella (1650), y Margarida Mur, campesina (1615), tenían un libro de fray Jerónimo Taix, *Libro del Roser de la Verge Maria* (Barcelona, S. Cormellas, 1597). La viu-

<sup>5</sup> A. Espino López, "Les lectures de les dones i dels sectors populars a la Barcelona del Sis-cents (1600-1660)", en *Revista de Catalunya*, n.º 162, mayo 2001, pp. 25-47.

da Maria Isach (1645) tenía un “*missall vell*” —en Barcelona sólo se imprimieron *Misales* el 1498, 1509 y 1521— y Florentina Andreu (1624), viuda de un maestro de casas, un “*Offici de la Setmana Santa*” que era un libro de canto gregoriano. Habría más casos, pero con los mencionados ya podemos observar cómo se daba una mezcla de libros litúrgicos y de obras espirituales en estos casos de impreso único de temática religiosa.

En sólo dos ocasiones, el libro único no es de temática religiosa: Jerònia Trobat, viuda de un sastre, tenía la obra de Publio Terencio, *Las seys comedias de Terencio...* (Alcalá de Henares, J. Gracián, 1583), que se utilizaba en la enseñanza de la lectura. La señora Caterina Ferrala (1630) tuvo un único ejemplar de *La Diana* (Madrid, 1602) de Jorge de Montemayor, la novela pastoril más difundida en la Barcelona del XVI, según M. Peña.

Además de estas bibliotecas con un solo ejemplar, en veintidós casos la propietaria dispuso de entre dos y diez impresos (38,1%); y en otras catorce ocasiones hubo más de diez libros (25,4%), que nunca alcanzaron más de cuarenta títulos. Nos hallamos, pues, ante una mayoría de bibliotecas pequeñas. Y su temática es ampliamente religiosa. En algunas ocasiones la fuente no señala títulos, sólo la temática de todos los libros de una biblioteca, y los ejemplos no dejan lugar a la duda: Flaminia Pous (1619), viuda de un doncel, tenía doce libros espirituales, Isabel Anna de Calders (1611), viuda, asimismo, de otro doncel, dispuso de diez libros espirituales; Anna Porcioles (1620) disfrutó de cuatro “libros petits de devocions”, o Eleonor Rosselló dispuso también de sólo cuatro devocionales y, además, de poco valor. En algunos casos podemos reconocer mejor las obras: la biblioteca de Paula Fuster (1638), viuda de un calcetero, contaba con un *Ofici de la Setmana Santa*; un *Contemptus mundi* de T. de Kempis, probablemente en traducción de fray Luis de Granada (Madrid, 1589); un *breviario romano* que compró en almoneda el presbítero J. Jover por dos libras y un sueldo; de Antonio de Guevara su *Monte Calvario* (Valladolid, 1545) y del cardenal Roberto Belarmino, *Declaración de la Doctrina Christiana* (Zaragoza, 1613; Madrid, 1615 y 1618). Pero, sobre todo, cabe resaltar de Sebastián de Moraes, *Breve relación de la vida y muerte exemplarissima de la Princesa de Parma* (Roma, 1580; Barcelona, Cendrat, 1587), una lectura sobre una mujer notable que fue comprado en almoneda por otra mujer, Paula Vergès. Ahora bien, todo parece indicar que, más que la trayectoria vital de Margarita de Parma, lo que interesó al autor fue resaltar su preparación para la muerte.

Maria Jover i de Mediona (1640), viuda de un jurista, dispuso de treinta y seis libros, pero sólo conocemos un título: *Vida y milagros de nuestro glorioso padre San Benito...* (Barcelona, L. Deu, 1633), una traducción del abad de Montserrat fray Pedro de Burgos. En el caso de la biblioteca de Anna Porcioles, viuda de un notario, de sus seis libros, todos religiosos, el único título citado es el del impreso de fray Dimas Serpi, *Tratado de purga-*

*torio contra Lutero y otros hereges... Tratado de consideraciones espirituales, sobre las liciones del officio de los diffuntos...* (Barcelona, Graells & Dòtil, 1600, y ocho ediciones más hasta 1617), una obra en formato octavo, pero con 683 páginas. Todo parece indicar que sólo se citaban con un cierto cuidado los libros de mayor consideración.

Más interesante por su mezcla de historia y religión es la biblioteca de Emerenciana de Llordat (1646), viuda del doncel Jaume Llordat. Disfrutó de obras de Jerónimo de Zurita, *Los cinco primeros libros de la primera parte de los Anales de la corona de Aragón* (Zaragoza, S. de Portonariis, 1585); de Tito Livio sus *Décadas* (Barcelona, C. Bornat, 1557); de Juan de Pineda, *Monarquía eclesiástica o Historia universal del mundo desde su creación* (Salamanca, Juan Fernández, 1588); de Pedro González Gallardo, *Viaje de Hierusalem* (Sevilla, Juan de León, 1605); también de una *Vida de San Francisco de Asís* (1560) escrita por San Buenaventura; una *Biblia* (en catalán en Valencia, 1473; en castellano podría ser una edición como la de Ferrara (1553) o la de Basilea (1569, reeditada el 1622) y un *Flos Sanctorum* manuscrito.

Un caso parecido es el de Maria Fontanet (1637), viuda de Narcís Fontanet, caballero y jurista. Además de unas *Ores*, los otros libros religiosos eran un *Officium Hebdomadae Sanctae* —es decir un oficio de Semana Santa, con ediciones en Madrid (1593, 1616) y Barcelona (1628)—; de Marcos de Silva, *Chronicas de la orden de los frailes menores* (1570); de Francisco de Ribera, *La Vida de la madre Teresa de Jesus* (Salamanca, 1590; Madrid, 1602) y de Martín Pérez de Ayala, *Avisos de bien morir* (Milán, 1552). Entre sus libros también había un ejemplar de *Las guerras de los Estados Baxos desde el 1588 hasta el 1599* de don Carlos Coloma (Barcelona, 1627). Asimismo disfrutó del libro de Diego de Aedo y Gallart, *Viaje del Infante Cardenal Don Fernando de Austria...* (Amberes, 1635; Barcelona, 1637), un relato del viaje del hermano de Felipe IV con su ejército a Flandes entre 1632 y 1634. El interés sobre la dinastía reinante queda aún más confirmado con una *Historia general del rey de las Españas don Felipe IV, en que se cuenta todo lo sucedido en la dilatada Monarquía de España* del historiador y diplomático Matías Novoa, ayudante de cámara del futuro monarca entre 1615 y 1620. Del noble italiano Virgilio Malvezzi, historiador al servicio de la Monarquía Hispánica, dispuso de *Tarquino el Soberbio* (Madrid, 1635).

Su gusto por la literatura, sobre todo la poesía, estaba representado por obras como la del capitán valenciano Cristóbal de Virués, autor de *Montsestrate segundo* (Madrid, 1588; Milán, 1602); de Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares* (Barcelona, 1631) y de Dídac de Rocabertí, *Epítome histórico de diez romances, con las maravillas del Parnaso* (Barcelona, 1628). Finalmente, tenemos también un libro de Bartolomé Bravo, *Thesaurus verborum ac phrasium* (Zaragoza, 1597; Salamanca, 1599) que podría indicarnos un interés por su formación.

En realidad, en otros casos las obras que nos aparecen eran utilizadas normalmente para la educación, pero ¿de las señoras o de sus hijos? En la biblioteca de Catarina Santjust (1628), viuda de un cardador de lana, encontramos un ejemplar de un *Vocabulario* (Barcelona, 1585) de Antonio de Nebrija; en realidad se trataba de un *Lexicon latino-catalanum*, una edición que incluía un vocabulario geográfico de Nebrija, otro vocabulario geográfico catalán-latín y una traducción catalana del *Medicum Dictionarium*. Magdalena Cornet (1647), viuda de un doncel, disponía de un ejemplar de Virgilio, posiblemente la *Eneida*, que también se utilizaba como un texto escolar, como la obra de Terencio ya reseñada; del libro de Virgilio había impresiones comentadas para facilitar la lectura. Hubo ediciones de Virgilio en Toledo (1555, 1577), en Amberes (1555, 1557, 1566), en Zaragoza (1586) y en Valladolid (1601).

La biblioteca de Mariana Martínez (1617), asimismo viuda de un doncel, es un buen ejemplo de mezcla de libros prácticos de medicina, de religión y otras materias. En su hogar había un libro de cirugía que podría ser el de Juan Calvo, *Cirugía universal y particular del cuerpo humano* (Barcelona, J. Cendrat, 1591), también un *Libro de medicina llamado Tesoro de los pobres, con un regimiento de sanidad hecho por Arnaldo de Vilanova* (Alcalá de Henares, 1598) e, incluso, de Girolamo Ruscelli, *Los secretos de Alejo Piamontés* (Barcelona, 1563), dos compilaciones de recetas y soluciones para cualquier enfermedad o problema. De Gabriel Alonso de Herrera tenía su *Libro de agricultura, que tracta de la labrança, criança y de muchas otras particularidades y provechos del campo* (Medina del Campo, 1569 y 1584), que demuestra su interés por el tema de las plantas medicinales y que se completaba con dos herbarios. También disponía de una obra de Jerónimo Cortés, *Lunario nuevo, perpétuo y general y pronóstico de los tiempos universal* (Madrid, P. Madrigal, 1598). El libro citado “philosophia” podría tratarse del de Pedro de Mercado, *Dialogos de Philosophia natural y moral* (Granada, 1558), o bien de un tratado de “Fisonomia” típico de la época. Libros litúrgicos eran el “*Breviari roma*” y el “*Diornal*”, así como de Pere Font, *Exercici espiritual...* (Barcelona, Matevad, 1608). De Antonio de Guevara tenía sus *Obras* (Valladolid, 1539; Barcelona, J. Margarit, 1613); y también un ejemplar de *Flores de Guido* (Alcalá, 1574).

Libros de historia, además de los que ya se han comentado, se han encontrado pocos. Magdalena Riffòs (1633), viuda de un mercader, disfrutó de la obra de Jerónimo Pujades, *Crònica Universal del Principat de Catalunya* (Barcelona, 1609) y de un ejemplar de la conocida obra de Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica, en la qual se contienen las vidas y hechos notables de todos los summos pontífices romanos* (Barcelona, 1584, 1589, 1595, 1596). El único libro de Eulàlia Barrera (1643), viuda de un “corredor d’orella” (corredor de lonja), era un ejemplar de la obra de Illescas que, en realidad, tenía un carácter de historia universal. Doña María

de Aguilar, noble, sólo tenía en el momento de su muerte dos libros: de Pedro Mejía, *Libro llamado silva de varia lección* (Sevilla, 1540; Madrid, 1602). El libro de Mejía era una miscelánea didáctica que trataba muchos temas de forma breve y clara. Una obra muy apropiada para gente que no dispusiera de grandes bibliotecas, pero sí de curiosidad. También disfrutó, o bien de la obra de Francesc Tarafa, *De origine ac rebus gestis Regum Hispaniae liber* (Amberes, 1553), libro traducido al castellano por Alonso de Santa Cruz con el título de *Crònica d’Espanya* (Barcelona, C. Bornat, 1563); o bien de las *Cròniques d’Espanya* de Pere Miquel Carbonell (Barcelona, C. Amoròs, 1547).

#### Clases populares

Como se ha mencionado al inicio de este trabajo, las clases populares cuentan con 131 referencias (22,66%) del total de inventarios con libros hallados. En ochenta y dos inventarios tenemos poca o nula información sobre los títulos e, incluso, sobre el número de libros que poseía el difunto. En contadas ocasiones la fuente nos ha dejado constancia de la función de los libros: Antic Pedro (1608), cardador de la lana, disponía “d’alguns libros de estampa diuen serviran per lo minyó per a llegir”. El carpintero J. Sayés (1634) disponía de libros de traves y de arquitectura apropiados para su oficio. En el caso de Montserrat Major (1625), peletero, su mujer, Benedicta Major, dejó claro que los dos libros con cubiertas de pergamino eran de ella y no de su marido.

A veces, junto con el número de libros se nos da alguna información sobre los contenidos: tenían libros de música el tejedor de lana Pere Rovira (1618), y los músicos Joan Rovira (1602) y Lluís Fiteo (1646). Damià Vilar (1644) tenía cinco libros de cirugía. Benedict Barrera (1635), del que desconocemos su oficio, dispuso de cuarenta y seis libros, de los cuales doce eran de gramática. El carpintero Joan Font (1625) también tenía libros de gramática, pero sólo tres. En otros casos, los libros son descritos como “llegendes” e “histories”: el sastre Pere Pagès (1650) tenía cuatro; el lancero Jerónimo Argayarès (1637) doce, y el carpintero Gabriel Saguera catorce “librots com son romanseros i altres istories... en castellano”.

Como en el caso de las bibliotecas femeninas, en siete ocasiones el único libro destacado en el inventario es de temática religiosa. En veintidós casos (14,7%) el difunto sólo tenía un libro. A título de ejemplo, en cinco inventarios el libro es un *Flos Sanctorum*; en dos casos se trata de un *Breviari*; también hay un difunto con un *Missal*, otro con un “libro de sermones”, un tercero con un *Diornal* y dos inventarios con *Ores*; en dos ocasiones el libro es el *Contemptus mundi* de Tomás de Kempis: lo poseyeron el sastre Jaume Vallès (1607) y el terciopelero Jeroni Ramírez (1631). El

tintorero Jaume Barrera (1658) disfrutó de la obra de fray Luis de Granada, *Introductio del Symbolo de la fe* (Salamanca, 1583). Fuera de los impresos religiosos, Jaume Concell (1652), fámulo de la señora Anna Sabater, dispuso del libro de Gaspar Sala, *La Proclamación Católica a su Magestad Pia-dosa Felipe el Grande* (Barcelona, 1640). El sastre Pere Joan Verdaguer (1620) tenía un ejemplar de Francesc Diago, *Historia de los victoriosísimos antiguos condes de Barcelona* (Barcelona, 1603). Finalmente, el *bati-fuller* Joan Noves (1629) disfrutó de un *Vocabulario* de Antonio de Nebrija (Barcelona, 1585).

Sólo en sesenta y un casos (42,9%) sabemos el número de libros disponibles en los hogares y de éstos, sólo en veintiocho (19,7%) tenemos constancia de los títulos. Bibliotecas de menos de quince títulos tenemos cuarenta y una (28,8%) y de más de quince títulos veinte (14,08%). El sastre Joan Cassanyes (1607) sabemos que tenía treinta y cuatro libros, pero el librero Joan Burguès compró una parte de su biblioteca por treinta y cuatro libras, de manera que es obvio, atendiendo al precio pagado, que disfrutó de una biblioteca mucho más nutrida; el pasamanero Pere Pau Ferrer (1656) disfrutó de veinticinco; el corredor de lonja Francesc Daudí (1638) de treinta y siete; el cintero Pau Cerdanya (1627) de treinta y cuatro; el herrero Antoni Sort (1627) de veinte y el zurrador Jeroni Bartomeu Ballester (1645) de noventa y siete. En muchos de estos casos la fuente no cita ningún título.

En dieciséis bibliotecas en las que tenemos títulos de los libros, éstos señalan el predominio del libro religioso: contamos con ochenta y dos referencias de esta temática, destacando la biblioteca del cintero Pau Cerdanya (1627) con veinticuatro obras religiosas.

Referencias a libros de historia hemos encontrado once: se destaca la posesión de la obra de Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica, en la qual se contienen las vidas y hechos notables de todos los summos pontífices romanos* (Barcelona, 1584, 1589, 1595, 1596), presente en las bibliotecas del carpintero Joan Puigrodó (1629), del soguero Joan Pau Estella (1640), del mercero Joan Roca (1619), y en la del corredor de lonja Joan Bosch (1639), que también disponía de un ejemplar del libro de Juan de Pineda, *Monarquía eclesiástica o Historia universal del mundo desde su creación* (Barcelona, 1594). El mercero Joan B. Teixidor y el cintero Pau Cerdanya (1627) tenían un ejemplar de un libro como el de Abulcacim Tarif Abentarique, *La verdadera historia del rey don Rodrigo, en la qual se trata de la causa principal de la pérdida de España...* (Zaragoza, 1603; Valencia, 1606), una obra traducida del árabe por Miguel de Luna, que tenía más de historia de caballerías que de Historia. El mercero Joan Roca (1619) disfrutó o bien del libro de Giovanni Tarcagnota, *Delle storie del Mondo...* (Venecia, 1598), que finalizaba en 1513, o bien del impreso de Cesare Campana, *Della Historia del Mondo...* (Venecia, 1591; Pavia,

1602), que pasa de relatar la historia de los reyes de Roma a los sucesos de su época, especialmente de las Guerras de Flandes y las guerras contra los turcos. Pere J. Verdaguer (1620), sastre, tenía un ejemplar de Pere Tomic, *Histories e conquestes dels reis d'Aragó e comtes de Barcelona* (Barcelona, 1534). Sin especificar títulos, el orfebre Miquel Calaf (1606) tenía dos libros de historia.

El campesino J. Roure (1634) es el único caso de este grupo en que se podría defender la existencia de un interés bastante claro de la persona por su formación teniendo en cuenta los títulos. Contaba con la obra de Lorenzo Palmireno, *El latino de repente..., con la traducción de las Elegancias de Aldo Manucio* (Barcelona, 1600); con un libro de Antonio de Nebrija como las *Introductiones latinae* (Barcelona, 1580 y 1587) y un volumen del catedrático de gramática del Estudi General de Barcelona, Antoni Jolís, *Latine declinande et conjugandi methodus* (Barcelona, 1595). El tintorero F. Castillo (1630) poseyó un libro del helenista valenciano Pedro Juan Núñez, *Alphabaetum graecum... De mutatione linguae Graecae in latinam* (Barcelona, 1575 y 1589). También tuvo dos libros de Aristóteles en versión de Agustín Niphus, *Augustini Niphi medicis libri duo de pulcho et de amore...* (Lyon, 1549) y unos comentarios de la *Física* que no hemos localizado. Por último, el soguero Joan Pau Estella (1640) tenía un libro de filosofía del neoplatónico Porfirio, sucesor de Plotino al frente de su escuela. De las obras de Porfirio hubo ediciones en Venecia, Lyon, París, Colonia..., pero no hemos encontrado ninguna referencia a una edición hispana.

A modo de conclusión, podemos decir que el perfil de los libros consumidos tanto por las mujeres como por los sectores populares urbanos de la primera mitad del siglo XVII –y en el Quinientos ocurría otro tanto– eran muy parecidos. Los artesanos y campesinos barceloneses de la primera mitad del Seiscientos tendrán, prácticamente, el mismo número de libros de media en su casa que sus colegas del Quinientos y sus intereses no habrían cambiado sustancialmente. La única diferencia entre las bibliotecas de las mujeres de la nobleza y las de los sectores populares está en la cantidad de libros de media que poseían, pero no en sus contenidos. Parece, pues, que tanto los lectores populares como las mujeres de la condición social que fuera estuvieron fuertemente controlados por el tipo de religiosidad impuesta por la clase dirigente masculina.

Así pues, el libro religioso predomina ampliamente o, como mínimo, era más fácilmente recogido en los inventarios, dándosele más importancia ya fuese por su contenido, o bien porque eran objetos de un cierto valor económico al ser más fáciles de vender en almoneda por su mayor demanda. Las obras de fray Luis de Granada, las vidas de santos, algunos preparaciones para la muerte, eran títulos muy populares entre todos los sectores sociales –su presencia en los fondos de las librerías así lo confirma también–, mientras que un tipo de impresos como eran los misales, breviarios,

psalterios, los libros de Horas, los diurnales –que, obviamente, eran libros-herramienta para el clero– los hallamos con asiduidad en los hogares tanto de la nobleza, juristas, profesionales liberales, así como de las mujeres de todos los sectores socio-profesionales y de las clases populares, pero con la sensación de que se conservaban, en algunos casos, por la riqueza del objeto en sí mismo.

#### LENGUA E IMPRENTA: LAS OBRAS DE LITERATURA

¿Qué literatura disfrutó de más éxito en la Barcelona de la primera mitad del siglo XVII? ¿Habían cambiado los gustos respecto a la centuria precedente? ¿Qué autores eran, en principio, los más representativos? Y, sobre todo, ¿en qué lenguas se consumían las obras literarias?

De los 578 inventarios con libros hallados, en 72 (12,45%) hemos encontrado referencias a obras literarias. En total, son 465 títulos –repetidos o no, presentes en las diferentes bibliotecas e inventarios de librerías– de obras escritas –o traducidas– a las siguientes lenguas: 347 en castellano (74,62%); 74 en latín (15,91%); 28 en italiano (6,02%) y 16 en catalán (3,44%). Tales cifras nos permiten decir que había una media de 6,45 obras literarias por biblioteca en la Barcelona de esta época.

En el conjunto de las bibliotecas analizadas, la literatura difícilmente pasaba del 10% del total de los contenidos –sólo hemos encontrado nueve casos en los que se superaba dicho porcentaje. En la amplia mayoría de casos estamos hablando de un 5% del total, con muchas bibliotecas que apenas contaban con dos o tres títulos. Dicha realidad entre personas de los sectores socio-profesionales económicamente más débiles puede ser comprensible, pero no lo es tanto entre las bibliotecas de la nobleza o de los profesionales liberales. De todas formas, se percibe que aquellos que económicamente pueden permitírselo son los que tienen bibliotecas de temáticas más diversificadas. En las siguientes bibliotecas es donde la literatura se encuentra mejor representada: Joaquim Setantí<sup>6</sup> (1617), caballero, disponía de 338 títulos, de los cuales 37 eran de literatura (10,94%): dieciocho títulos eran en italiano (48,69%), dieciséis en castellano (43,24%) y tres en catalán (6,97%). El notario Miquel Camarasa (1625) tenía setenta y cuatro libros, de los cuales catorce (18,6%) eran de literatura y todos en castellano. Raimon de Calders (1653), noble, disfrutó de una biblioteca con 302 títulos de los que cuarenta y tres eran de literatura (14,23%). En concreto, veintisiete títulos en castellano (62,79%), nueve en italiano (20,9%), cinco en latín (11,62%) y dos en catalán (4,65%). Miquel Ximenis (1626), jurista

y *ciudadà honrat*, tenía 227 títulos en su biblioteca, de los cuales veintidós eran de literatura: diez en castellano (45,45%), y doce en latín (54,55%). El jurista N. Garbí (1616) consiguió formar una biblioteca con 443 títulos, de los que sesenta y ocho (15,34%) eran obras literarias; de éstas, sólo dos estaban en catalán –la traducción de la *Metamorfosi* de Ovidio y las poesías de Ausias March–, la misma cantidad que en italiano. En latín encontramos ocho títulos y en castellano el resto: cincuenta y seis títulos (82,35%) de autores castellanos o traducciones al castellano.

Dentro de la poesía de autores clásicos, los más leídos en la Barcelona de la primera mitad del siglo XVII fueron Virgilio (veintiocho referencias en los inventarios) y Ovidio (treinta y dos referencias). M. Peña también los señalaba como los autores más leídos del XVI, si bien este autor considera que Virgilio dejó de ser consumido por los mercaderes en el transcurso del Quinientos –y en el siglo XVII también, añadimos–, al igual que por la nobleza –aquí no estamos de acuerdo, puesto que la mitad de los poseedores de sus obras en el Seiscientos eran nobles. La repercusión de otros autores es inferior: Juvenal (cinco referencias de sus *Sátiras*); Lucano, Catulo y Marcial una referencia cada uno. Teniendo en cuenta que en los fondos de las librerías de las que poseemos el inventario –las de Bernat Cussana (1605), el impresor T. Isach (1632), Eulàlia Simon (1643), Rafael Vives (1644), Francesc Manescal (1651) y Lucas Durán (1652)– no aparece ninguna obra de poetas clásicos, podemos aventurar que estos autores cada vez se leían menos en relación al siglo anterior –las cifras de M. Peña así lo indican–, pero que sus obras aún podían encontrarse en las bibliotecas por efectos de las herencias o las compras en las almonedas.

Entre los poetas hispanos, las poesías de Ausias March las hallamos en ocho bibliotecas, mientras que las de Juan Boscán y Garcilaso de la Vega en quince, lo que indica un cambio de orden de preferencia en relación al siglo XVI, y si bien estos autores, según M. Peña, habían sustituido a Petrarca como poeta de estilo italianizante entre los lectores barceloneses del Quinientos, lo cierto es que nosotros hemos hallado referencias a obras de Petrarca en trece bibliotecas, en las cuales había veintiún volúmenes. Ciertamente, Petrarca se lee menos, pero casi lo mismo que sus sustitutos. Del resto de poetas italianos (treinta y una referencias entre todos ellos) cabe destacar el *Orlando furioso* (Ferrara, Mazzoco, 1516) de L. Ariosto, que encontramos en trece bibliotecas. M. Peña encontró dieciocho ejemplares en bibliotecas predominantemente de nobles y mercaderes. Nosotros lo hallamos entre los juristas, los eclesiásticos, un escriba y los nobles, sobre todo J. Setantí que poseía cuatro volúmenes. Las demás referencias a poetas hispanos se dividen entre Lope de Vega, con quince a sus diversas obras poéticas, y el resto (Alonso de Ercilla, C. de Mesa, Juan de Mena, Juan de Herrera, y un largo etcétera) que acumulan hasta cincuenta y dos. Queda claro, pues, que cada vez se leen menos poetas clásicos, se mantiene la lec-

<sup>6</sup> A. Espino López, “La biblioteca de Don Joaquim Setantí. Las lecturas de un tacitista catalán”, en *Bulletin Hispanique*, tome 201/1, Burdeos, junio 2001, pp. 43-73.

tura de poetas italianos –a veces en su lengua original–, pero sobre todo cada vez se lee más poesía en castellano que, además, se encuentra en las librerías.

El teatro confirma esta apreciación. Las referencias al teatro clásico son mínimas. El único autor representativo es Terencio, pero éste pasa de estar presente en cincuenta y cuatro bibliotecas del período 1473-1600 a sólo nueve referencias en 1601-1652: la caída es espectacular. El teatro de Lope de Vega, en cambio, cuenta con veintitrés referencias, y otros autores hispanos con catorce. También hallamos tres comedias italianas que no hemos podido identificar. La potencia del nuevo teatro castellano se impone y se imprime, en buena medida, en la propia Barcelona.

En relación a las primeras novelas del siglo XVI, como *La Diana* del portugués Jorge Montemayor que hallamos en cuatro bibliotecas y una librería, la *Celestina* de F. de Rojas (M. Peña la encontraba en quince bibliotecas del Quinientos, nosotros sólo en cinco), o el *Lazarillo de Tormes*, que aún fue impreso en la misma Barcelona en 1599 y 1621, cabe decir que si su éxito se reduce es debido, sin duda, a la fortísima competencia que recibieron de la novela picaresca que ya estaba llegando a las bibliotecas privadas. Todos los subgéneros novelísticos –novela pastoril, bizantina...– padecieron. Por ejemplo, las novelas de caballerías, de éxito indiscutible en el XVI –M. Peña encontró veintidós ejemplares en dieciocho inventarios; nosotros doce ejemplares en cinco inventarios, más otras cinco referencias entre los fondos de librerías–, también tuvieron que dejar un hueco a la novela picaresca. Sólo Lope de Vega, con quince referencias de sus novelas podía hacer algo de competencia a Mateo Alemán con su *Primera Parte de Guzmán de Alfarache* (Madrid, 1599); *Guzmán de Alfarache 1ª y 2ª parte*, 2 vols. (Barcelona, Cormellas, 1599 y 1601) y *Guzmán de Alfarache 2ª parte* (Barcelona, Cormellas, 1603), con sus quince referencias, completadas con otras nueve de otras novelas picarescas impresas a raíz del éxito del *Guzmán*. Este tipo de novela fue consumida preferentemente por juristas, seguidos de cerca por la nobleza y el clero; en cambio, no está presente entre las lecturas de las mujeres o de los sectores populares. Por su parte, Miguel de Cervantes triunfó más con *Novelas Ejemplares* (Madrid, 1613), de la que hemos encontrado nueve referencias, que con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (Madrid, 1605), del que hemos hallado siete. Nuestra conclusión iría en el sentido de señalar que la dominación que tuvo Lope de Vega sobre los gustos de los barceloneses en lo que respecta al teatro, no se repitió en el caso de la novela, si bien también fue un autor de éxito, porque hubo una fuerte competencia entre géneros y entre autores, si bien la novela en castellano se impone de forma abrumadora.

#### OBRAS DE FORMACIÓN POLÍTICA Y ARTES DE LA GUERRA<sup>7</sup>

¿Había lecturas propias de la nobleza, o apropiadas para la nobleza? Si nos referimos a los tratados de formación política, deberíamos decantarnos por lo segundo, puesto que otros sectores socio-profesionales, como los juristas, no sólo poseyeron este tipo de obras, sino que, incluso, en mayor proporción que la propia nobleza. Vamos a comprobarlo. En las bibliotecas barcelonesas de la primera mitad del siglo XVII hallamos las siguientes referencias. El ciudadano honrado J. M. Çabastida dispuso de la obra de Justo Lipsio, *Los seys libros de las Políticas Doctrina Civil* (Madrid, 1604); de la *Razón de estado... de Juan Botero...* (Burgos, 1603) en traducción de A. de Herrera; también contó con un “gobierno del ciudadano” de Joan Costa –¿se trata del autor de *De conscribenda rerum Historia* (Zaragoza, 1591)? El doncel S. Despujol (1613) se interesó asimismo por la obra de G. Botero antes citada.

El caballero Joaquim Setantí (1617) disfrutó del trabajo de Fr. Juan Márquez, *El Governador christiano deducido de las vidas de Moysen y Josué* (Salamanca, 1612); Julio Antonio Brancalasso, *Laberinto de corte con los diez predicamentos de Cortesanos. Dos libros en los quales están comprendidos todos los bienes, y males que pueden y suelen acontecer en las Cortes de Príncipes à los que las siguen* (Nápoles, G. y L. Nucci, 1609); Fadrique Furió Ceriol, *El concejo y consejeros del príncipe* (Amberes, 1559); Giovanni Botero y su *Razón de Estado* (Madrid, Luis Sánchez, 1593; Burgos, 1603) y de Lorenzo Capelloni, *Ragionamenti storici politici, con cui vengono i principi e capitani adessere ammaestrati come abbiano a prestarsi in diversi accidenti di stato e di guerra* (Génova, M.A. Bellone, 1576).

El notario Francesc Granja (1620) y el jurista Francesc B. Martí (1622) dispusieron del tratado de fray Juan de Santa María, *Tratado de república y policía cristiana* (Madrid, 1615). La misma obra estaba entre los libros del notario Miquel Camarasa (1625), así como el tratado de Martín Carballo, *Espejo de Príncipes* (Milán, 1598). Mientras que el escribano real Josep Callavet (1628) contaba con el trabajo de fray Juan Márquez, *El Governador Christiano deducido de las Vidas de Moysen y Josué* (Salamanca, 1612), del que tenía dos ejemplares; de Francisco de Gurmendi, *Doctrina Phisica y Moral de Príncipes...* (Madrid, 1615); Giovanni Botero y su *Razón de Estado* (Madrid, Luis Sánchez, 1593; Burgos, 1603); las *Políticas* de Justo Lipsio (Madrid, 1604), así como un “Gobierno de la república” en ita-

<sup>7</sup> A. Espino López, *Guerra y Cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII: libros, autores y lectores*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2001, especialmente las pp. 456-465.

liano que no hemos localizado. El jurista Miquel Ximenis (1626) tenía las obras de fray Juan de Santa María, de Francisco de Gurmendi y de Juan Antonio de Vera y Zúñiga, *El Embaxador...* (Sevilla, 1620). El jurista Jerònim Tamborí (1627) disfrutó de dos ejemplares de la obra de fray Juan Márquez, y el *Tratado de República* de fray Juan de Santa María (Madrid, 1615). El presbítero Jaume Vila (1629) también contaba con un ejemplar de la obra de fray Juan de Santa María. Otro barcelonés, Joan de Vilanova (1634), de quien desconocemos su estatus u ocupación, gozó asimismo del texto de fray Juan de Santa María.

Joan d'Erill, barón de Anglesola (1638), tenía entre sus obras la del arbitrista castellano P. Fernández de Navarrete, *Conservación de Monarquías y discursos políticos* (Madrid, 1626). El presbítero F. Roig (1643) contaba con el tratado de fray Juan de Santa María. Una obra que también se hallaba entre los impresos del jurista C. Cornell (1647). El arcediano de Tortosa, Francesc Puig (1647), se decantó por la obra de fray Juan Márquez.

En cambio, las artes de la guerra, libros para aprender a montar, esgrimir y batallar parecen ser cosa de nobles: hemos hallado setenta y seis referencias sobre este tipo de obras entre la nobleza, por tan sólo veinticuatro entre los demás sectores socio-profesionales. Por otro lado, salvo los tres tratados de arte de la guerra escritos en catalán y generados por los acontecimientos de 1640, toda esta producción se consumió en castellano, latín e italiano, y en el caso de estas dos últimas lenguas, siempre en relación a obras impresas en el siglo XVI.

## HISTORIA<sup>8</sup>

De los 578 inventarios con libros hallados, en 103 (17,82%) hemos encontrado un total de 463 referencias a libros de historia: una media de 4,49 impresos de dicha temática por inventario. Si recordamos, una presencia inferior a la de la literatura que, además, incluía títulos pseudo-históricos como, por ejemplo, de Esteban Barellas, *Centuria, o Historia de los famosos hechos del gran Conde de Barcelona don Bernardo Barcino...* (Barcelona, S. Cormellas, 1600), presente en doce bibliotecas. En todo caso, los gustos históricos en la Barcelona de la primera mitad del Seiscientos fueron los siguientes:

<sup>8</sup> A. Espino López: "Les lectures dels barcelonesos a la primera meitat del segle XVII. La Geografia i la Història extraeuropees", en *Revista de Catalunya*, n° 142, Barcelona, julio-agosto 1999, pp. 22-35. A. Espino López y J.L. Betrán, "La Historia Universal, de la Iglesia y de Europa en las bibliotecas barcelonesas de la primera mitad del seiscientos", en VV.AA., *Catalunya i Europa a l'Edat Moderna. Actes del Quart Congrés d'Història Moderna de Catalunya. Pedralbes*, n° 18, vol. I, Barcelona, 1998, pp. 483-490. A. Espino López, "El aprendizaje de la guerra a través de las obras de los historiadores de la Antigüedad", en *Obradoiro de Historia Moderna*, n° 9, Santiago de Compostela, 2000, pp. 189-210.

TABLA 4  
CONSUMO DE OBRAS DE HISTORIA, BARCELONA 1601-1652

| <i>Ámbito geográfico y/o temporal</i> | <i>Número de referencias y %</i> |
|---------------------------------------|----------------------------------|
| Historia Antigua                      | 71 (15,33)                       |
| Historia Universal y de la Iglesia    | 119 (25,70)                      |
| Historia de Europa                    | 74 (15,98)                       |
| Historia de África y Asia             | 30 (6,47)                        |
| Historia de América                   | 20 (4,31)                        |
| Historia de España                    | 51 (11,01)                       |
| Historia de la Corona de Aragón       | 19 (4,10)                        |
| Historia de Cataluña                  | 78 (16,84)                       |

Dentro de las historias universales y, en especial, de la Iglesia, cabe destacar dos obras: con una presencia en cincuenta y ocho bibliotecas privadas, la *Historia Pontifical y Católica* de Gonzalo de Illescas (Burgos, 1578) es el impreso que mayor difusión tuvo. Era una historia de los pontífices romanos junto con la de varias naciones, sobre todo, la de España, teniendo cierto carácter de Historia Universal. A pesar de estar censurada por la Inquisición, la obra fue reiteradamente editada en Barcelona –seis ediciones de 1584 a 1596. La edición en cinco tomos en folio es la que aparece con más asiduidad. Sin duda fue una obra de consumo masivo: la hallamos entre los libros de todos los grupos socio-profesionales. También hay que referirse a la *Monarquía eclesiástica o Historia universal del mundo desde su creación* de Juan de Pineda, presente en veinticinco bibliotecas. Pineda escribió quince volúmenes con la pretensión de historiar todos los países desde la creación del mundo. Hemos encontrado tres ediciones barcelonesas: J. Cendrat, 1594 y 1606; H. Margarit, 1620.

En cuanto a las historias de Europa, y a modo de resumen, podemos decir que no sólo interesó la Historia de Italia por encima de las de otras naciones, sino que, además, el predominio de las Historias del Mundo y de la Iglesia en italiano es bastante claro. La historiografía italiana dominaba ampliamente en la Barcelona del Seiscientos, situación heredada del siglo anterior, como ha demostrado sin discusión M. Peña, y, como vemos por nuestros datos, dicha realidad se mantuvo en la primera mitad del siglo XVII. También hay que aclarar que las referencias a obras sobre los diversos conflictos, en especial, la guerra de Flandes, las hemos considerado dentro de este grupo y no entre las historias de España –o de los monarcas hispanos.

En relación a las obras de los historiadores de la Antigüedad, Apiano Alejandrino con su *Historia de las guerras civiles de los romanos* (Barcelona, Cormellas, 1592) nos aparece en doce inventarios y dos librerías, incre-

mentándose el éxito que ya tuvo en el siglo XVI; los *Comentarios* de Julio César (Alcalá de Henares, 1529; París, 1549) los hallamos en diecinueve bibliotecas, en dos de ellas en italiano, manteniendo su éxito del Quinientos. En cambio, la fama de Tito Livio se reduce en la primera mitad del siglo XVII en relación a la centuria precedente, mientras que Tácito, reivindicado por Justo Lipsio, no acaba de ocupar el hueco dejado por el anterior. A destacar, por último, a autores como Lucio Flavio Arriano, Flavio Josefo, Tucídides y Plutarco que, con entre cuatro y seis menciones, mantienen una presencia relativamente destacada en las bibliotecas de la época que analizamos, pero nótese cómo han perdido posiciones en relación a las historias de Europa.

Quizás no sea una sorpresa que las obras que se centran en Asia y África, eso sí, conjuntamente, superen a las de los historiadores sobre América. Las Indias no acabaron de interesar a los lectores barceloneses, si bien gracias a algunas obras de geografía y a algunas historias universales dicho conocimiento pudo no ser tan mínimo. La obra más citada –aparecida en siete inventarios– es la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) de José de Acosta que, no en vano, tuvo dos ediciones barcelonesas finiseculares (J. Cendrat, 1591; P. Malo, 1592). La obra de Acosta fue el principal instrumento de conocimiento sobre América en el cambio de centuria.

En cuanto a las historias de España, cabría citar como la más representada la de Esteban de Garibay, *Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España* (Amberes, Plantino, 1571; Barcelona, Cormellas, 1628). De Prudencio de Sandoval, su *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V* (Barcelona, Cormellas, 1625) aparece en cinco inventarios y, en cuatro, de Antonio de Herrera Tordesillas, *Historia general del Mundo* [primera parte, 1559-1579 (Madrid, L. Sánchez, 1601); segunda parte, 1575-1585 (Madrid, P. Madrigal, 1601); tercera parte, 1585-1598 (Madrid, A. Martín de Balboa, 1612)], conocida popularmente como *Historia de Felipe II*.

Sin duda, las once referencias a la obra de Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1562-1580; Zaragoza, 1578-1585), hicieron de ella uno de los libros de historia más populares, consumido a partes iguales por nobles y juristas. En cuanto a la Historia de Cataluña, con diez referencias hallamos de Jeroni Pujades, *Coronica universal del Principat de Catalunya* (Barcelona, Margarit, 1609), mientras que Ramon Muntaner, *Crónica, ó descripció dels fets e hazanyes del inclyt rei Don Jaume primer Rey D'arago, de Mallorques e de Valencia: Compte de Barcelona e de Muntpesller: e de molts de sos descendents...* (Valencia, Vda. de J. Mey, 1558; Barcelona, J. Cortey, 1562) la encontramos en nueve bibliotecas. Pero sin desdeñar un título como *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* (Barcelona, L. Deu, 1623) de F. Moncada, presente en cinco bibliotecas.

Por sectores socio-profesionales, los libros de historia fueron consumidos preferentemente –y en proporciones iguales– por la nobleza y los juristas, seguidos por los profesionales liberales y el clero, a más distancia quedan las clases populares –un consumo testimonial– y las mujeres, con la característica de que son las viudas de nobles las que conservan, o disponen, de mayor número de referencias sobre obras con este contenido.